



Entre las páginas y los vagones

GABRIELA CISTERNAS

Comencé y terminé de leer en el metro de Santiago *La vuelta al perro* (2023) de Cinthya Rinsky. Una vez escuché a alguien decir que leer en el metro era un acto político, porque al desplegar un libro en entornos urbanos donde convergen diversas personas, leer en público desafiaba la homogeneidad y la alienación social. Por lo general, los libros que no son tan pesados, sino un tanto más ligeros, con menos de cien páginas, los dejo para el camino. Este camino se convierte en una hora y media de lectura. Eso es vivir en Puente Alto, llevar siempre un libro en el bolso....

Mientras leo las crónicas de Rinsky sobre los campos abiertos y las carreteras desoladas, las descripciones de uno que otro personaje que el lector reconoce en alguna otra persona, con otro nombre, otra cara y otra nacionalidad, miro a mi

alrededor en el metro. Pienso en que nunca me encuentro con las mismas personas, aun cuando hago el mismo trayecto todos los días: tomo la micro F09 y bajo en Elisa Correa a las nueve en punto. Luego, combinar en Vicente Valdés hasta Baquedano, para volver a hacer transbordo en dirección a San Pablo. Trato de memorizar los rostros para, al día siguiente, poder reconocer alguno. No sucede. Ningún día me he encontrado con una cara conocida.

La escritura de Rinsky con sus paseos nocturnos, ya sea presentando a alguien nuevo, compartiendo una historia intrigante o expresando sus pensamientos sobre algo que había visto u oído, era equivalente a caminar juntas. Pienso entonces que leer el mismo libro es como recorrer las mismas calles, pero encontrando diferentes caras.

Cinthya Rinsky suele escribir sobre el viaje, no como una mera transición, sino como la experiencia de quien pasea: la experiencia de ver, oír, comparar y comprender. La escritura sobre el viaje aparece como templada con pensamientos, vivencias y la convicción de un personaje que entabla un diálogo a

través de imágenes contadas, describiendo un mundo vacío, pero no de personas, sino de actividades. Sin embargo, en *La vuelta al perro* esa productividad se cuestiona porque, ¿qué significa ser productivo?

Cintha Rimsky utiliza una metáfora en el título del libro para expresar la idea de estar constantemente pensando que cumplimos un objetivo o desempeñamos un papel. Sin embargo, en realidad, este logro no se materializa, y solo nos queda la ilusión de que ese vaivén nos convierte en personas útiles. Por ejemplo, desde la pandemia, es cierto que muchos quedaron ligados al trabajo remoto. Desde los escritorios, moviendo los dedos, pensamos que estamos siendo productivos. Qué ironía. Es lógico, entonces, considerar que el trayecto que hago diariamente desde la casa hasta la universidad o el trabajo es mi vuelta al perro. Entrar en el bucle al observar a otras personas dirigiéndose al mismo destino que yo, madrugando cada día a este “lugar” en el que somos “productivos”, para luego, regresar a nuestros hogares a la misma hora y al día siguiente repetir la misma rutina.

El libro, un libro que habla del confinamiento, del encierro, el aislamiento, la soledad, me hizo recordar las veces que sentí cierta angustia al despertar y darme cuenta de que no tenía que cumplir con horarios ni realizar viajes durante la gran pandemia que acabamos de vivir. De este modo, se hizo evidente la falta de productividad que de repente se instaló en lo que solíamos considerar como actividades productivas. Podíamos realizar las mismas tareas desde la comodidad de nuestra cama. Ya no era necesario vestirse ni levantarse una hora antes para llegar puntualmente. Estos lapsos de tiempo simplemente dejaron de existir. Ya no teníamos que cumplir con el tiempo, ni el tiempo con nosotros. El tiempo se detuvo, por fin, pero esta vez, solo por aquella vez, el anhelo de seguir cumpliendo venía de nosotros. Irónicamente.

Mientras Rimsky relata pequeñas crónicas de calles con nombres que reflejan los hechos que las habitan y rutas que solo se identifican por números indicando la distancia que recorría en su motoneta blanca, yo llevé a cabo un ejercicio similar, en paralelo. Me fijé en el largo o corto del tren que iba a tomar para quedar justo en la apertura de la puerta del tren y poder arrinconarme en el vagón, a veces sentada y otras de pie. Tratar de evitar el cruce de miradas con los teléfonos de los desconocidos que mandaban un mensaje de buenos días o de despedidas instantáneas. Tampoco faltó el joven que a través del excesivo volumen de la música de sus audífonos compartía al resto de los pasajeros. Por último, agradecí que por alguna razón todos estuviéramos ahí, a la misma hora, como cada día, en un encuentro casual e improductivo impulsado por este extraño laboratorio neoliberal.

Luz de instinto

CAMILA MUÑOZ

Cuando me prestaron una edición muy antigua de *María Nadie* de Marta Brunet en la biblioteca, venía con un regalo: anotaciones y subrayados en sus páginas. Mi curiosidad por el libro se sumó a lo que iban diciendo estos comentarios, y sobre todo, las marcas de eso que la lectora anterior consideró importante recalcar. El gesto de destacar una frase o el fragmento de una obra dice mucho. Y esas marcas fueron guiando mi lectura a través de líneas cuya función entendería solo hacia el final, cuando terminé de leer la novela.

A Marta Brunet la admiro desde que conocí su forma de escribir y lo irreverente de su personalidad, para los tiempos en que le tocó ser mujer. Soy consciente de la

importancia que el imaginario criollista tiene en la historia de la literatura chilena, pero considero que hay obras que pueden (y deberían) leerse fuera de las clasificaciones, más allá de la manera en que ha sido encajada una corriente literaria. *María Nadie* es lo que me sucedió cuando, sumergida de lleno en la trama de la novela, mi imaginación ya le había dibujado una cara a sus personajes, le había dado un olor a la naturaleza descrita en sus paisajes, ese espacio donde había más posibilidades de que ocurrieran cosas puras y alegres, y le seguía el ritmo a la narración en búsqueda de una palabra o declaración directa de María López, ya que todos parecían tener una opinión sobre su condición de mujer soltera e indepen-

diente, desde que llegó al pueblo de Colloco, revolucionándolo todo.

Los efectos que causaba en los demás me hacían imaginarla con una sonrisa permanente, y rodeada de un halo de luz, acompañada de una brisa con olor a violetas. Creo que lo mismo le ocurría a Cacho y Conejo. Y los rayados en el libro concordaban conmigo, porque se enfocaban en destacar las partes en que María, sin decir nada, evidenciaba su forma de ser más allá de lo que los demás comentaban, y resultaba ser todo lo contrario. Recordé a Alejandro Zambra en una de sus crónicas. Para él las huellas de un lector anterior terminaron siendo el velo ingrato de toda la relectura de una de sus novelas preferidas. Aquí ocurrió lo contrario, jamás quise borrar esas huellas.

Unos de esos días en los que intentaba terminar la novela, en medio de los quehaceres cotidianos, pasaron en la televisión la película *La chica del Crillón*. No pude evitar preguntarme cómo se habría llevado Teresa, el personaje de Edwards Bello, con María, considerando su condición común de mujeres que no calzaban en la sociedad. Me gusta imaginarlas como buenas amigas, a pesar de la distancia histórica, y a mí también como parte del grupito.

Hacia el final del libro ocurre una situación crucial en la que se le cede la palabra a María, y en un monólogo ella imagina que confiesa toda su verdad al pueblo: me dieron ganas de responderle, de decirle que no tiene nada de malo ser como ella, y de decírselo también a la mujer que había marcado el libro con mayor ímpetu en la parte que decía “Comprendo que no es éste el camino para acercarse a las gentes. Que debo hablar. Pero no puedo. Es imposible”. Y también soñé con responderle a Brunet. La imaginé escribiendo ese monólogo y me vi diciéndole lo mucho que admiro que le haya dado voz a mujeres como María. A la persona que marcó las páginas, más allá



de las formalidades, le decía también lo cool que encuentro como suena el nombre de Marta, y su actitud disruptiva de mandar libros a los liceos de niñas en los años 50. Hablé también sobre nuestros perfumes favoritos: quise parar con los elogios y para no aburrirla.

El efecto que las escritoras y sus personajes femeninos causan entre nosotras mismas me parece fascinante y natural. Los subrayados en *María Nadie* me recordaron al cuento “Amor” de Clarice Lispector: también me vi reflejada de alguna u otra forma en su protagonista, al ir delineando en mi mente los fragmentos que me parecían más impactantes y recreando, o recordándolos como si los viviera en carne propia. Y es que de cada época de la historia es posible sustraer un sentimiento de la experiencia de habitar la tierra como mujer. De esas épocas van quedando sus huellas en la literatura.

En uno de sus ensayos, Roberto Merino asegura que reflexionamos por instinto, como un gato que se orienta en la oscuridad, prácticamente para sobrevivir. Muchas veces la literatura es eso, una posibilidad de iluminar lo que no se ve, o lo que no es permitido exponer a la luz de todos. Me gusta repensar algunos cuentos y novelas como vestigios de una necesidad de relatar, para que otra persona encuentre (o sea encontrada) por el libro en tiempos difíciles, y a partir de su lectura pueda emocionarse, reflexionar, y pensarse siguiendo las líneas de lectura de los otros.



Limpia y los cautiverios

GABRIELA BERRÍOS

En septiembre del 2023 leí la novela *Limpia*, de Alia Trabucco. Solo sabía que se trataba de una nana, o eso decía todo el mundo. De a poco entendí que la novela hablaba de muchísimo más. Tenía una semana para leer el libro porque después tenía que pasárselo a una compañera, pero la verdad solo necesité un día, pues la novela me atrapó desde la primera página. La autora describe la vida de Estela, una empleada doméstica que trabaja puertas adentro. Sus días son todos iguales. Su rutina idéntica de lunes a domingo. Sus tareas las mismas de la mañana hasta la noche. Al leerla fui recordando el encierro eterno del segundo año de pandemia, seguíamos confinados y parecía que nada iba cambiar. A pesar de la incomodidad e inquietud que sentí frente a la interminable rutina de Estela, seguía muy interesada en cómo terminaría el libro. Lo empecé la tarde de un martes, acurrucada en mi cama. Pasaron dos horas, el atardecer llegaba a su fin y yo todavía no terminaba. El agobio del encierro volvía, y decidí salir al patio. Con una manta y un cojín bajé las escaleras, pasando por la cocina y me instalo en el viejo columpio. Ya sentada, retomo la lectura, estaba en la mitad del libro y se aproxima la resolución que tanto adelanta la autora. Pero yo quedo en shock, la perrita ha muerto y ya no me interesa el final de la historia, detengo la lectura.

Vuelve el agobio del encierro. Recuerdo los días que parecían interminables, iguales entre sí, sin ninguna diferencia que permitiera saber si algo había sucedido el día anterior o el mes pasado. Cansancio de la monotonía, las clases virtuales, las salidas mensuales al supermercado, sin

poder conocer a mi generación o ver a mis amigas del liceo. Levantarse, lavarse, vestirse, clases, almorzar, más clases, tomar once, acostarse. Volver a repetir el ciclo interminable. Al leer la experiencia de Estela vuelve todo eso. Estela solo existía en la rutina, y lo entiendo y siento a fondo. Sigo leyendo pero no puedo dejar la sensación de claustrofobia. Estela sigue encerrada en esa casa, en sus deberes, en su rutina. Su perrita era una puerta de escape. Un ser que la quería, la esperaba, un animalito indefenso que buscaba cariño en quien podía. Y esa fuga ya no estaba.

Conocí a Alia Trabucco poco después de leer el libro. Una profesora organizó una visita de ella para nosotras. Le pudimos hacer todas las preguntas que queríamos, de su vida, de su proceso de escritura y del libro en sí. Recuerdo que alguien le preguntó por la perrita y ella respondió que era un personaje central dentro de la obra. Todas asentimos.

El primer libro que leí de Alia fue *Las homicidas*, una recopilación de casos reales de mujeres asesinas. Ella describió los crímenes con toda la información que encontró, pero además incluyó sus propias conclusiones y pensamientos a partir de lo que iba encontrando. En el encuentro, nos contó que uno de los cuatro casos fue en parte una inspiración para *Limpia*. Era el caso de una empleada doméstica que asesina a los hijos del matrimonio para el que trabajaba.

Las homicidas, similar a *Limpia*, abarca las injusticias y los prejuicios de la sociedad chilena sobre las mujeres. Cómo una mujer solo puede asesinar por amor, y parece casi imposible que las mujeres ejecuten un crimen tan terrible, que requiera tanta fuerza o cálculo. En *Limpia* nunca se dice qué sucede con la niña de la familia, la narración está enmarcada en el encierro de Estela en alguna comisaría, o un espacio semejante, donde ella está contando su historia y su versión de lo ocurrido. Ese encierro nos lleva a otro, el de su vida.



Cuando terminé el libro, la sensación de enclaustramiento se fue, pero quedé desesperada. ¿Qué pasó, qué pasó realmente? ¿Culparon a Estela? ¿El señor y la señora la demandaron? ¿Crearon una historia falsa para culpar a la protagonista? Formulo todavía, meses después, todas las teorías posibles. La pistola, la perrita, el veneno de ratas, la piscina...

Ahogarse en libros

GABRIELA BERRÍOS

No recuerdo exactamente mi primer bloqueo lector, pero sí recuerdo el último porque fue el verano pasado y estuve dos meses sin poder abrir un libro. Claramente nadie recuerda mucho sus bloqueos lectores porque es algo demasiado común, nos pasa más de una vez, en diferentes momentos y por distintas razones. Personalmente, no tengo grandes anécdotas en torno a esto, tampoco creo que alguien más la tenga. Excepto mi mamá. Lo máximo que yo podría decir es que sigo comprando libros, a pesar de no poder leerlos. Por eso aprendí que coleccionar y comprar libros no tiene nada que ver con leerlos, pues son dos hobbies completamente distintos.

En fin. Como no tengo una gran historia en torno a mi propio bloqueo lector voy a usar a mi mamá. Ella sí tiene una gran historia sobre lo que tal vez no sea un bloqueo sino un trauma. Sucedió hace muchos años atrás, durante un verano en San Sebastián, cerca de Cartagena. Éramos muchos porque íbamos juntos a todos mis tíos y mis primos. De esas vacaciones en particular no recuerdo tanto, solo el día de la tragedia y creo que en general como familia recordamos muy bien lo que pasó.

Fue una mañana algo fría, salimos a pasear mi hermana menor y yo, con dos de mis primos. Nosotras buscábamos a mi mamá porque sí y mis primos decidieron acompañarnos. Paseamos por todos los lugares a los que podíamos ir sin perdernos: cerca de donde pasa el bus y un lugar lleno de máquinas *Arcade* al cual solíamos ir en las noches. Era el único lugar al que podíamos ir sin supervisión. Como no la encontramos, volvimos a la casa. Entonces mi abuela nos dijo que estaba en la playa, leyendo. Y mientras nos comíamos un trululú, bajamos los cuatro a buscarla.

Mi mamá estaba en la playa, acostada en la arena leyendo tranquilamente *Paula* de Isabel Allende. Todo era paz hasta que llegamos. Comenzamos a jugar en la orilla mojándonos con el mar. Estábamos muy abrigados, con unos buzos de polar de Minnie Mouse, pero no nos importó. Seguimos jugando en el agua hasta que la ropa estaba completamente mojada y con el permiso de mi mamá (a la que ya teníamos aburrida), nos metimos al agua con la ropa puesta, contradiciendo sus instrucciones de quedarnos en la orilla.

Mi mamá se quedó leyendo, enojada. Todo iba bien hasta que la corriente se puso más fuerte, llega una ola, y me tira a mí y mi prima hacia afuera. Sin embargo, mi hermana y mi primo no corrieron la misma suerte y el mar se los llevó. Yo no sabía qué hacer, mi prima me dijo que esperara. No queríamos molestar a mi mamá que seguía en su novela, hasta que fue inevitable. De pronto vemos que

realmente se estaban ahogando y la corriente se los llevaba cada vez más adentro...

“Justo pasó cuando la hija se estaba muriendo en el libro también” dice mi mamá en el presente cuando recordamos la casi tragedia, ahora con risas incluidas, y con tono anecdótico porque nada terrible ocurrió. Solo que mi mamá nunca más volvió a tomar un libro. Los años pasaron y nosotras le regalamos unos cuantos más, pero nunca los leyó. Su copia de *Paula* sigue por ahí, malgastada, porque la guardó en algún lugar y nunca reapareció hasta que se construyó un segundo piso en nuestra casa, y volvió a circular por las habitaciones. A pesar de todo, mamá insiste en que le gusta leer, pero no lo hace, e inventa cada vez una excusa nueva.

En cambio, sigue incentivando la lectura de los otros; mis hermanos y yo somos ávidos lectores. Nos regala libros, a pesar de que muchas veces nuestra economía no lo permite. Y expande sus lecciones a todas mis primas más pequeñas, y a los niños del pasaje también. Dice con orgullo que sus hijos son lectores, que tenemos una hermosa biblioteca. Pero ella misma nunca volvió a tocar un libro, tal vez ahogada por el recuerdo de esa novela que casi nos lleva mar adentro..

La fantasía

CAMILA ROJAS

Santiago es un lugar misterioso. Como decía Alejandro Zambra en *Formas de volver a casa*, un poblado al poniente llamado Maipú no es más que un armado de dictadura, con contiene calles de nombres hilarantes, aspiraciones de movilidad social y cierta idea de unidad. La arteria principal, Avenida Pajaritos, irónicamente no tiene ni un solo pájaro; la calle “Aves del Paraíso” está lejos de ser el paraíso y

con mucha suerte se encuentra una que otra paloma que perdió la pata. La ilusión de lo pajarístico resulta hasta espiritual. Recuerdo que cuando era pequeña, cada vez que tenía que decir dónde vivía la gente que no era de Maipú, las dudas surgían inmediatamente: “¿Pajaritos? ¿es acaso el nombre de un lugar real?”. Cuando crecí, la fantasía se desarmó, de esos nombres solo fue quedando el significante que carecía crónicamente de significado y sentido. El mundo se mostraba frente a mí con una total ausencia de identidad. El relato de Zambra hoy me parece que calza más con un tono cariñoso, un recuerdo, una ilusión que casi juega con el “todo tiempo pasado fue mejor”, ignorando la realidad de aquella época en la que estaba inserto y las consecuencias directas de dicha realidad.

Alberto Fuguet en *Mala Onda* también nos mostraba una fantasía santiaguina, pero menos idílica o cariñosa que la de Zambra. En este caso, el protagonista cuenta con excesiva crudeza la aparente realidad de la juventud de la zona oriente de Santiago, realidad totalmente distante de la que se mostraba en Sábado Gigante de la mano de Don Francisco. Entre las calles con imponentes nombres de personajes históricos y religiosos, entre esas calles cuyos parajes se mostraban al mundo como el Gran Santiago, entre imágenes de familias bien constituidas y patrióticas, se entretejían las más sórdidas historias, historias que distaban mucho de lo transmitido por los medios oficiales. Entre las fiestas y las drogas encontramos la indiferencia del protagonista y de la adolescencia acomodada, cuya única preocupación es vivir la vida loca entre estas calles que eran ejemplo de urbanidad y vida para la gente de poblados como Maipú. En ambos casos, eso sí, la indiferencia estaba a la orden del día. Había gente que estaba muriendo por el simple hecho de pensar distinto y los demás solo eran testigos silenciosos. Finalmente, en ninguno de los casos había espacio para pensar la ilusión de una unión

y una identidad, o la aspiración a algo mejor, solo encontramos la dura enajenación de la realidad. La gente de Maipú fantaseaba con ser como aquellas familias pudientes y supuestamente bien constituidas que aparecían en la televisión y, por su parte, la gente de comunas del sector oriente proyectaba una fantasía que todos deseaban alcanzar. Personalmente, entre ambas fantasías, le tengo más cariño a la fantasía maipucina: ha de ser porque nací y crecí aquí y al igual que Zambra fui criada en estas calles de nombres aspiracionales. “No somos como las demás personas de otras poblaciones”, solíamos pensar, como si estuviéramos más cerca de una calle con nombre de Libertador de la Patria que de una calle que remitiera a un pasado agrícola.

